

ct

Vino lunar

de
Albert Tola

(fragmento)

*Nasir cae muerto.
El cadáver abre los ojos.
El cadáver tiene la boca seca.
Coge la cantimplora de Nasir y bebe.*

JUAN

Ahora este chico quiere que cuente cómo llegué hasta aquí para que lo oigáis vosotros. ¿Pero qué pasa con este autor si yo no quiero decir nada? ¿Por qué tiene que imponerme una necesidad que en realidad es suya? Hace tiempo que me quiere hacer hablar, pero a lo mejor yo tengo menos deseos de los que él cree. Tengo mis motivos para callar. Entre ellos, las cosas que he visto. Por ejemplo, durante la guerra he visto cómo, al no haber suficiente sitio, los soldados apilaban los cadáveres en los camiones, pero de pie. He visto cosas que es mejor callarlas para que existan menos. Él quiere que yo las diga para que no vuelvan a ocurrir.

Un tiempo.

Pero si no digo no existo y es cierto que una parte mía siente nostalgia de existir. Este chico pertenece a una de las pocas generaciones en el mundo que no ha vivido la guerra, o que se ha horrorizado solo con ella en los libros o en los periódicos. Pero alguien que conoce la guerra desde lejos no puede, por mucho que lo intente, ponerse en el lugar de quién la ha sufrido en carne propia.

Un tiempo.

Por lo visto, este chico ya ha psicoanalizado y volcado en sus obras su adolescencia, su familia (la verdad, no da mucho más de sí) y ahora siente que ya no tiene mucho que contar. Parece mentira que no sepa que los temas más cotidianos pueden estar al servicio del teatro. Y lo que puede abarcar con su experiencia le parece que no vale la pena ser contado. Sin embargo, a este chico le equilibra escribir... le sienta bien, ¿qué se le va a hacer? A pesar de que su terapeuta le ha dicho que no hay riesgo real de enloquecer cuando la estructura psíquica de uno está formada, es decir, a partir de los treinta años y cómo mínimo hasta los sesenta, el pobre cree que si no escribe va a perder la chaveta. Y por ello es que me atiza a mí, a ver, de hecho, un desconocido, para que cuente mi historia a través suyo. ¿Pero qué pasa si yo no quiero...? ¡A mí no me engañas! Me quieres usar para, de paso, contar las historias estas de tu familia que siempre estás contando...

Un tiempo.

Por eso este chico quiere que ahora sea yo quién ponga remedio a su pereza imaginativa y quiere usar mi historia, que es una historia real de verdad, para vertebrar a su alrededor las suyas, que a mí no me incumben, con la veracidad de mis recuerdos y con la esperanza de que el poso de mi narración alcance a teñir de una melancolía suficiente las demás historias y que el conjunto dé el pego. Ah, y si la cosa va bien, seguro que tiene un destino pensado a dónde parrandear el dinero e irse de vacaciones a pensar una nueva obra oscura. Para colmo del oportunismo, quiere que mi historia, que pasó en un lugar y en unas circunstancias bien concretas, sirva para todo el mundo, como si el dolor fuera intercambiable. Este chico es un ingenuo y harán mal en escucharle. Y es un

descarado, por escribir de cosas que no sabe. Deberían levantarse de esas butacas y dejar la sala... aunque les cueste, porque parecen confortables... Además, claro, ustedes han pagado un dinero con el fin de reflexionar en grupo.

Un tiempo.

Dicho todo esto, tampoco negaré que le agradezco a este chico que me insista en que hable... No es bueno cerrarse tanto, ni es saludable oler a naftalina... A veces, el exceso de introspección puede emponzoñarle a uno. Él se pregunta si son las generaciones que no han vivido los grandes conflictos las que pueden hablar de ellos, deben incluso hacerlo, con voluntad de digestión histórica: fracase o no, el gesto es amable. Pero de ahí a hablar... Así como así... Frente a desconocidos... Por favor, no lo tomen a mal. No le desentierran a uno todos los días, ni todas las décadas. Esto de decir siempre es tan complicado...

Un tiempo.

Este chico lee los periódicos (últimamente, más a menudo que antes, gracias a Dios) y se da cuenta de cómo la guerra cerca el mundo de su tiempo. ¿A que cuenta, te das?

Un tiempo.

Vamos a ver, por un lado, siente que no puede no hablar de ello, por el otro no se siente tampoco autorizado: por eso me pide ayuda. Pero incluso un tipo huraño como yo aprecia la compañía de un hombre joven en este lugar ignoto... (al oír esto, ¿quién diría que morí joven?) Me mataron joven, y por eso nunca llegué a escribir lo que tenía previsto. No soy un joven poeta desaparecido en una fosa común. No se me puede considerar poeta, porque no escribí.

Un tiempo.

Había muchos matojos, sí. Borraban nuestras vidas con ellos. Cubrieron con matojos las fosas para que cualquiera pudiera caminar sobre nuestras muertes. ¡No lo neguéis, por decenios habéis caminado sobre nuestras muertes! Habéis ido de paseo al campo los fines de semana sobre nuestras muertes. Habéis hecho picnic sobre nuestras muertes. Habéis meado sobre ellas. No os ha importado poner la radio fuerte. Ni tirar los restos de papel de plata de vuestros bocadillos sobre nuestras muertes. Habéis hecho el amor sobre nuestras muertes, y os habéis dicho al oído palabras impropias que agitaron nuestro descanso. Con toda vuestra repugnante vitalidad, maravillosa, semana tras semana habéis avivado un fuego que latía muy pequeño, aquí.

Un tiempo.

¿Qué tienen los bares? ¡Que no se escribe en los bares, eso es lo que tienen los bares! ¡Quédate en casa escribiendo! ¡No te creas que te vas a librar con tanta facilidad de mí!, estas cosas le digo yo a este chico. Por mucho tiempo que pase, hay problemas que no pueden acallarse, no. Apagarás tu voz para que aflore la mía. Lo que importa es lo que nos pasó.

Un tiempo.

Sí, es verdad, mamá tenía claro que en la guerra yo iba a durar menos que un suspiro.

Un tiempo.

Mamá friega los platos cuando entro en la cocina con la carta del buzón. A pesar de estar dirigida a mí, no quiero abrirla, es ella quien la lee con detenimiento, y tan despacio que entiendo al momento que trama algo mientras lee. La luz azulea contra la ventana y el rostro de mamá, iluminado por el reflejo de aquel sol frío, adquiere un aire solemne y raro.

Un tiempo.

Como padre era el farmacéutico del pueblo, ella cogió sus potingues e intentó envenenarme un poco. Quería que enfermara. Me cogieron unas fiebres y casi me matan. Estuve semanas en cama vomitando aquel brebaje. Pero nada, que estoy hecho un roble y no funcionó la cosa. Vino el médico militar y no me dio la baja. Según decían mis padres, la guerra estaba llegando a su fin, las tropas moras habían inclinado la balanza a favor del general Franco y los republicanos cada vez buscaban a gente más joven. Y se le ocurrió emparedarme.

Un tiempo.

Lo recuerdo como si fuera ayer: ella va a su habitación a por el monedero y me dice: Ven, vamos a comprar ladrillos. ¿Ladrillos? Se lo pregunto hasta tres veces: mamá, ¿para qué queremos los ladrillos?

Un tiempo.

Caray con el vinito.

Un tiempo.

Comprados los ladrillos, el cemento y el zócalo, mamá me acaricia la mejilla. “Me ha sobrado algo de dinero. Vamos a comprar tebeos, puedes escoger los que quieras... Vamos a tapiar la despensa. Vas a pasar el resto de la guerra aquí dentro. La guerra me ha separado de padre y de tus hermanas: yo no te voy a dejar ir. Te quedarás aquí, a mi lado, en la cocina. Dejaremos una rendija en el suelo, por la que te pasaré la comida, los libros, los tebeos y las libretas, y también medicamentos si te pones enfermo. Cuando yo salga de casa, taparemos la rendija con el zócalo. No podrás salir, porque pintaremos la pared para que no se vea que hay una habitación dentro. La despensa tiene luz, la luz no puede verse desde fuera y hay sitio para ponerte un colchón: es perfecta. Cariño, lo siento. Pero no voy a dejar que te vayas a morir a la guerra como carne de cañón. Mal que me pese, no tardarán en entrar. Padre ha tenido que huir por eso: ¿entiendes?, suministraba medicamentos a los nuestros. La guerra no durará mucho. Pueden ser días, un par de semanas, quizás. Si no quedan hombres para luchar, ¿cómo va a quedar mucho? No, no te voy a dejar meter una radio, porque te pueden oír desde fuera, y tú no podrás ver cuándo hay alguien y cuándo no. Tampoco quiero que los vecinos la escuchen, si yo no estoy en la cocina. No me fio de nadie, y sé que hago bien. No te preocupes, la pondré mucho rato, todo el día, y bien fuerte, para que puedas oír los seriales y también un poco de música: no te vas a aburrir. Y en todo caso, prefiero que te aburras a que... no me hagas decir cosas que no quiero. Tu y yo estaremos charlando todo el rato. Por la rendija

podremos hablar. No te va a pasar nada, hijo, mamá cuidará de ti. ¿Y la caca? Me sale del alma... Todo por la rendija, en bandejas. Te daré cerillas para el olor. Cada mañana tendrás el desayuno a las nueve en punto, la comida a las dos en punto, y la cena a las nueve en punto. Algo encontraré para darte todos los días a esas horas, te lo prometo. Así sabrás en qué hora vivimos y no te volverás loco. ¿Y si me das un reloj? No. Eso nunca... Ayudo a mamá a construir el muro.